

MEMORIAS - HOMENAJE PÓSTUMO. EDUARDO ANTONIO CLARET REY DUQUE

Hugo Colmenares¹

CONOCÍ a Eduardo Antonio Claret Rey Duque, cuando, siendo niños, cursamos el tercer grado de primaria en el Instituto Corazón de Jesús, o lo mismo: Escuela Parroquial, en La Grita, estado Táchira.

En aquellos tiempos y en la edad de la candidez, Eduardo Rey, Néstor Domingo Melani Orozco y Hugo Mario Rangel Zambrano, se encargaban de elaborar las carteleras escolares, con el talento en sus manos y colores, para hacer retratos de los padres de la patria, paisajes, figuras del cuerpo humano, movimiento de planetas, las partes de una flor, la vida de los animales domésticos, el rostro y la huella de los personajes bíblicos.

El asomo de pequeñas obras de arte, que adornaban a nuestros escritos, pues allí en esas tareas colgadas a la pared, ellos se iniciaron como pintores y yo como periodista y remedo de poeta.

DOS SALONES más acá, estaba el primer grado, a donde asistía otro niño. El más chiquitico de todos: José Ignacio Zambrano Arellano, recién traído de Pueblo Hondo, quien siempre llevaba en manos —como los otros dibujantes de la escuela— una hoja blanca tamaño oficio, para hacer paisajes y retratos con sus lápices.

En esa cosecha, pero en la vecina Escuela Nacional Padre Maya, en quinto grado estudiaba otro travieso artista, quien también cautivaba con sus trazos, líneas, rasgos, tachaduras y cuidadosas pinceladas. Era José Eliel Camargo Duque, Pepe.

EN ESOS DÍAS, mediados de los sesenta del siglo veinte, llegé a La Grita una

exposición que recorría a toda Venezuela, junto a su pintor Humberto Jaime Sánchez. La muestra fue instalada en las paredes gigantes de la Escuela Parroquial. Más allá de esos cuadros, todo era un movimiento de colores, una fiesta, un espectáculo ante nuestras miradas.

Las paredes del gran patio de los recreos, se llenaron de cuadros de gran formato entre tonalidades oscuras dramáticas, siluetas geométricas, bacterias en el cosmos, figuras humanas horrorizadas por la guerra; las protestas estudiantiles en París, el Hombre en la Luna, una cosmogonía de pueblos originarios y las pesadillas de la humanidad, por la destrucción de ciudades por bombas atómicas.

Todas esas simbologías las vinimos a comprender, digamos mejor: volver a buscar en la memoria, cuando llegamos a la adolescencia o un poco más adelante: en la edad racional.

Nos impactó ese espectáculo al óleo, con pinceles, las explicaciones que daba el artista Humberto Jaime Sánchez a los grupos de visitantes, donde hacía gala de la filosofía y simbología del color, de seguir a los clásicos, de romper con los cánones de la “escuela”, de tener una mirada distinta del arte.

Sin duda, que ese pintor dejó una huella —y sin saberlo— en unos pequeños con semillas de buenos artistas, que al paso de los siglos tienen obra realizada.

YO NUNCA tuve la destreza de resolver el espacio en blanco de un lienzo con el dibujo y el color. Me quedé con el deseo de ser un pintor, como ellos, quienes además, desde temprano ya eran muy admirados.

1 Periodista del Diario El Nacional

Tal vez, tuve una mirada mediante la poesía, la escritura que escondía y por eso me jactaba de ser amigo de los pintores Eduardo Antonio, Hugo Mario, José Eliel (Pepe), José Ignacio y Néstor Domingo, según los mencionaban las maestras al pasar la lista matutina y vespertina de asistencia al aula.

LO MÁS INTERESANTE lo vivimos en esos días, pues el taller de pintura con caballetes, bocetos, lienzos, revistas, fotografías, la gama magnífica de los colores en estuches custodiados por delgadas maderas. La boina parisina, la entrada de luz, ese éter o trementina estaba el salón del segundo grado, al que se le retiraron todos los pupitres, para que el señor Humberto “se sintiera en su casa, en su taller”.

—Buenas tardes pintor...

—No voy a responder el saludo, porque ya los voy a comprometer... agarren pinceles, vamos, vamos a pintar... cada quien con su genio...

—Y... ¿usted por qué no pinta?

—Porque estoy escribiendo, lo que ustedes trabajan en el taller...

Humberto Jaime Sánchez dejó sus lentes en la mesa. Los pinceles en la paleta. Comentaba a cada uno de estos pintores, cómo trabajar las sombras, la perspectiva. Una clase magistral.

EN ESAS tardes, también estaba un hombre delgado, de baja estatura, sombrero negro, flux gris verdoso. Ojos hermosísimos. “Pa’ la p... qué bonito”, decía el artista de nuestro pueblo, La Grita, como lo era don José Melani Sánchez, Pepe. Quien por ley, tenía que estar allí, como invitado especial Su sensibilidad como pintor y músico, lo hacía pensar, exclamar al verse en ese pequeño universo del taller y la pintura creadora.

—Maestro Melani... vamos a pintar en este lienzo los dos y la obra es suya —le

dijo Humberto Jaime Sánchez a Pepe Melani, mientras los niños estaban como espectadores.

Esa obra a cuatro manos, fue entregada a la directora de la escuela, Hermana Amelia y llevada luego a España.

ES DE MEMORIA y nobleza recordar a bien, que en esa exposición de Humberto Jaimes Sánchez, realizó su primera exposición el artista Raúl Sánchez, quien ya soñaba con ir a estudiar pintura en París. Raúl buscó en carpinterías tablas, las sometió al fuego, a los carbones para que quedara la huella, la herida negra y sobre ese elemento pasó pinceles para delinear un Cristo Agónico, dramas sociales, conocimientos del teatro, suerte de experimentación. Jugar con los elementos y el surrealismo.

EN ABRIL del año 1969 se cabalga en el primer año de fundación del Liceo Félix Ramón Duque, que luego cambió de epónimo, por el de Ángel María Duque, otro gran educador de nuestra región andina venezolana. Con motivo del júbilo por la creación del llamado Liceo Civil, donde los jóvenes contestatarios de la época no organizamos, movilizamos y planteamos esa activación educativa. Entonces, comenzaban las actividades extramuros y se ideó el Primer Festival de Pintores Gritenses, donde además, se anunciaban premios y la selección de ganadores, mediante la mirada de un jurado altamente calificado.

Allí el joven pintor Eduardo Rey se ganó el primer premio y otros reconocimientos, por su alto sentido estético, conjugación de elementos, la pureza del color en Cristo en un jarrón, Estudio de un Perro y un juego de acuarelas, con paisajes de nuestras aldeas.

EDUARDO saltó a la figuración, aunque no estaba en la expectativa, ya que contaba con un buen animador, como lo

era el pintor José Miguel Moreno Melani, Morelani, quien estudiaba en la Escuela de Bellas Artes de San Cristóbal. Eduardo recogía orientación técnica, todos los fines de semana, ya que Morelani era entrañable en la familia Rey Duque. Como diría un gallego en alta mar: “ganancia de marinero...”

EL VEREDICTO lo suscribió un jurado de altísima formación, como lo era el maestro y padre del paisajismo tachireño, don Manuel Osorio Velasco; el escultor y pintor español Juan Ferrer Roig; el paisajista Miguel Ángel Sánchez, el pintor colombiano y profesor Zamudio (de quien no recordamos su nombre).

Ellos viajaron desde San Cristóbal a La Grita, en un automóvil que con alguna mueca de viento de los páramos, era presto a desarmarse o soltar los frenos por las empinadas de la carretera trasandina. El conductor era Morelani.

Igualmente, deliberaron el profesor de castellano y latín, Pedro Soto Ortiz, director del Liceo Civil; y la periodista, poeta y traductora del inglés, Hildamar Escalante de Tesser, quien durante años fue crítico de arte en la fundación del diario Últimas Noticias.

SI BIEN, Eduardo Rey se alzó con los laureles. Es bueno decir, qué sucedió con otros expositores; ya que el jurado, solo reconoció del resto de pintores su alta vocación, pero no los resultados hasta ese momento expuestos a juicio.

Hugo Rangel presentó paisajes, escenas del campo y pintura surrealista y los íconos del hipismo, como Cristo viaja a la Luna.

José Ignacio presentó personajes doctores de La Grita y de esas calles las consignas políticas de la recién terminada campaña política presidencial.

Néstor Melani presentó paisajes nocturnos, escenas misteriosas donde insertaba

largos poemas de su padrino de bautizo, el poeta Teodoro Gutiérrez Calderón.

Pepe Camargo presentó rostros de monstruos, paisajes, retratos de los libertadores y unas copias del respetadísimo maestro clásico español Velásquez.

El ambiente abrió un debate estudiantil, sin menoscabar el veredicto. Tal vez, se buscaban premios sentimentales, pero el jurado se atrincheró en los preceptos de la academia.

EN AGOSTO, exactamente el 31 de agosto de 10970, llegamos a Seboruco con nuestros poemas, crónicas, manifiestos y las pinturas de los artistas de La Grita. Nos ubicamos al pie del gran samán, frente a la Plaza de Toros, donde el prefecto, la policía y otras autoridades pretendieron darnos la despedida o íbamos presos. Allí nos quedamos. De mano en mano iban nuestras letras y luego los toreros, después de la novillada, vinieron a ver las pinturas.

Por esos días, ideamos fundar el Seminario Impacto para incendiar el mundo.

En esas primeras ediciones, Eduardo Rey tuvo la genial idea de hacer dos entrevistas. Una con el pintor Raúl Sánchez, quien ya hacía maletas para ir a Europa. Y otra, con don Pepe Melani.

La verdad que Eduardo tenía de periodista, lo que yo de pintor. Pero le sobraba valor, alegría. Así que en una antigua máquina Remington, de esas que utilizaban los detectives en las películas blanco y negro, transcribimos la conversación. Allí con el figoneo de Carlos García, Ángel Aurelio Sánchez, Julio Moreno, Macario Sandoval, Carlos Moncada, Jesús Andrés Ribas, Oscar Colmenares y yo, remendamos, estiramos y le dimos el mejor cuerpo a las entrevistas. Aplicamos la ley de los Tres Mosqueteros.

ERAN los tiempos cuando nacía Gabriel García Márquez con su novela Cien

años de soledad; Ecos del Torbes en el programa Traga níquel musical, se ocupaba de las baladas de Cherry Navarro y los hippies llegaban a La Grita. Héctor Cabrera se asomaba a los escenarios internacionales y ganaba un festival en Buenos Aires. Nosotros leíamos los documentos del sacerdote Camilo Torres y en algunas casas, después de las 10 de la noche, le daban volumen a los receptores, para escuchar los discursos de Fidel Castro por Radio Habana Cuba. En el cine Jáuregui veíamos películas a todo color, llegaban los ciclistas de la Vuelta al Táchira, Orlando y su Combo con la trompeta de Ramón Molina le daba emoción a Oye Azucena Linda y la Orquesta Los Caricueña recibía contratos en todo el país.

EDUARDO se vino a Caracas y se ubicó en un apartamento en la avenida Libertador con avenida La Salle, a donde llegó una tarde el cantante de boleros y de tangos, Leo Marín, quien se llevó todos los paisajes de El Ávila y lo invitó a sus conciertos. Luego, muchos artistas o personalidades de la política, economía, deportes y cultura que llegaban a los grandes hoteles, solicitaban sus obras, que eran expuestas en galerías, administradas por paisanos.

LA GALERIA Mayz en La Florida lo recibió junto al paisajista Theo Mora, como firmas cotizadas. Así, ellos tuvieron sus avisos en la prensa dominical, entre las páginas de Arte. Reseñas y crítica pictórica. Mora y Rey hicieron alianza con otro artista del paisaje, como lo es Luis Alfredo Suárez. En esas rondas se anotó el colorista hijo de San Simón, el maestro José Alberto Mora.

Todos ellos hicieron su faena entre galerías, coleccionistas, instituciones, exposiciones individuales, colectivas y encuentros para tratar una vez sobre la luz y el color.

EDUARDO era un gran admirador, por tanto estudioso de los paisajistas de la

Escuela de Caracas. Íbamos a sus exposiciones, comprábamos sus libros. Llegó un buen momento, pues el Museo de Arte Contemporáneo entregó todas sus salas al maestro paisajista del Waraira Repano, Manuel Cabré. Para la inauguración, bien valió mandar a pulir los zapatos, sacar la ropa de la lavandería e ir cerca del Correo de Carmelitas, a comprar corbatas con tintes hippies del momento y llegamos a mover los hielos en el cristal. Era tanta la multitud que no alcanzamos a ver a Cabré.

AL PASO de los años nos citamos en algún restaurante de La Candelaria, hicimos recorridos por los templos para escudriñar en el arte religioso. Nos encontramos con pintores. Le llevé libros. Siempre conversamos telefónicamente. Nos encontramos en la última exposición de Raúl Sánchez, en Caracas, Fiscalía General de la República. Coincidimos en galerías y recordamos aquella pelea de su hermano Pedrito con el Gato Félix, por el amor de una muchacha, recién llegada de Coloncito, Isaura Salerno Gutiérrez, que junto a su padre cantaban con el acordeón paseos de la costa atlántica de Colombia.

LA ÚLTIMA voz que escuché de él, estaba con su hermano Chucho en la familia, por La Fría y me dijo: “Adiós hermanito”. ¿Qué se puede decir en ese momento? Entonces las imágenes de la vida, comenzaron a desfilar y aquí se los cuento, aquí se los dejo.

Buen camino, hermano.

Buen amigo de mi escuela.

Ya se oyen las campanas... el cortejo comienza. Parece que los caballos estuvieran adelante y las paletas, los pinceles se han quedado en reposo sobre una pequeña mesa en el taller. Dijo él: “Al salir de estas hablamos” y el camino de la bendita memoria se hace eterno.